

Koltchak tuvo a la vez el gusto de la ciencia y el gusto de la aventura. Sus trabajos de hidrología en el norte del Pacífico lo pusieron en evidencia. Cuando la Academia de Ciencias de Petersburgo organizó hacia 1900 la famosa exploración de las regiones polares, al norte de la desembocadura del Lena, Koltchak fue designado por el Almirante Makaroff para formar parte de la expedición. Llegó a ser el colaborador preferido del Jefe de la audaz empresa, el Barón Foll. Cuando éste, al cabo de dos años, decidió avanzar más hacia el Polo, pero sólo con pocos compañeros, Koltchak fue quien se encargó de transportar a Siberia el personal y las colecciones de la expedición. Foll desapareció en los hielos. Koltchak, mandado en su busca, encontró y divulgó el diario de su Jefe.

Soldado y sabio: eso es Koltchak. La valentía de que dio pruebas durante la guerra Japonesa; el impulso que dio al Estado Mayor de la Marina para organizar la defensa del litoral del Báltico; la expedición que preparó para comenzar la de Nordenskiöld en sentido inverso y con buques de un modelo nuevo; su campaña en 1914 a 1915, en el Báltico, en donde hundió barcos alemanes, lo llevaron rápidamente a la más elevada graduación. El Almirante más joven de la marina rusa tomó, en 1916, el mando de la escuadra del Mar del Norte, dio caza al Breslau y sometió a estudio un plan de ataque contra el Bósforo.

Mientras preparaba esta osada empresa, en que se creía seguro del éxito, estalló la revolución que en pocas horas soterró al antiguo régimen. Había visto de muy cerca los vicios de una administración gangrenada y había sufrido demasiado su patriotismo de los perversos designios de la "camarilla" para que se asombrase del súbito hundimiento. Se adhirió en el acto al Gobierno provisional. Empero su adhesión no tuvo nada de las bajas

claudicaciones que acogió con agrado, en una sesión histórica, el Presidente de la Duma, su amigo Radzianko.

Koltchak anunció él mismo la Revolución a sus tripulaciones. La interpretó como patriota, tal como ha podido ser, sin la horrible laxitud de la guerra, el oro alemán, las propagandas malévolas y la debilidad de los gobernantes.

Cuando explicó aquel día a los marineros la necesidad de la disciplina, fue aclamado. Tres meses después fueron otros los hombres del "Pricaz número 1".

Koltchak resistió con toda su energía al motín. Por última vez arengó las tripulaciones a bordo del buque Almirante. Sus llamamientos al honor no tienen eco. Algunos desalmados intentan desarmarlo. Entonces con un gran gesto de belleza antigua, arroja al mar su sable adornado con la cruz de San Jorge y sin mirar hacia atrás abandona la cubierta.

Alma extraña y contradictoria el alma eslava! Aquel mismo consejo de marineros que ha arrojado a Koltchak de su barco, se sintió conmovido por una especie de terror sagrado ante su último gesto. Euvó buzo tras buzo a buscar el sable del Almirante en el fondo del mar. Luego telegrafió al gran Jefe para suplicarle que volviese a tomar el mando de la escuadra.

Un hombre del temple del Almirante no podía acordarse con las arpas eolias. Lerenski, para desembarazarse de él, lo envió al Japón.

El destino tiene sus trampas. Koltchak se hallaba en el Japón cuando supo el golpe de Estado de Lenine. Ya sabemos lo demás: Koltchak en Siberia, en los primeros días de 1918, casi solo; y hoy sobre el Ural y el Volga, Jefe de un grande ejército y de un verdadero gobierno.

El incansable esfuerzo, proseguido durante tantos meses en las profundidades misteriosas de la Siberia,

para llegar a constituir una fuerza semejante, es uno de los episodios más extraordinarios de estos tiempos. Una voluntad de hierro al servicio del más puro patriotismo es siempre una especie de milagro.

Antes que Koltchak hubiera logrado su empresa siberiana, con el concurso de las heroicas legiones checoeslovacas, y mientras entró el Cáucaso y el Don, Kaledine, Alexieff, Korniloff y Denikine, hacían de soldados, morral a la espalda y fusil al hombro, ellos, que habían mandado a algunos de los mayores ejércitos del mundo, continuaban a la cabeza de algunos millares de oficiales guerra contra Alemania, por fidelidad a la Entente, y la comenzaban contra los bolshéviks, por horror a su felonía y a su tiranía, no cesó de reclamar la intervención militar de la Entente, y por quien lo imponía esta soberana inflexible que es la Geografía, por medio del Japón.

Dos razones poderosas justificaban entonces la intervención armada:

Una razón estratégica: la necesidad de crear otro frente oriental, habiéndole sido entregado el primero a Alemania por la felonía de los bolshéviks, "il pigrasi rifinto" de todas las historias y que en verdad olvidan un poco los bolshéviks de Occidente y de América cuando personifican la revolución rusa en Lenine, unos por snobismo, otros por simple demagogia. El frente está hoy reconstituido y es Polonia.

Una razón moral, una razón de honor, el deber imperioso de ayudar a los intrépidos sobrevivientes del ejército ruso que rehusaron mancharse con la traición de Brest-Litovsk y que a costa de increíbles peligros habían ganado el refugio del Cáucaso y se batían y morían allí, inflexiblemente fieles a la Entente.

Era la hora del Japón, del destino. ¿Cómo? ¿Por qué el Imperio del sol

FOLLETTIN DE «ECO DE ORIENTE»

El Demonio del Oro

Por Enrique Conscience

Las nieblas nocturnas flotaban aún, como velo de plata, en la profundidad de los bosques, a tiempo que un tibio sol de Mayo sacaba por cima de la floresta su disco deslumbrador y derramaba sobre la naturaleza dormida sus bienhechores rayos, como llamándola a la vida y a la alegría... La luz suave y cariñosa retoca con cambiantes tintes de oro la copa de los árboles, abre con un beso el cáliz de las flores y se difunde como torrente de brillantes

perlas en los manojos de hierbas que, todavía encogidas, se bañan en el rocío del alba.... el ruiseñor suelta sus últimos gorgoros entre el silencioso follaje; la alondra se alza al cielo y manda desde allá de su pecho poderoso una lluvia melodiosa de sonidos, y cien y cien voces resuenan entre los matorrales entonando al Señor un canto de alabanza. El aire trasciende al olor de las flores, y la luz pinta los objetos con su brillo virgineo; los árboles despliegan sus ramos delicados; empiezan a revolotar los insectos y el canto de las aves se escucha más y más. Todo parece regenerado, todo animado con la alegría y la esperanza, y todo parece clamar: "Salve! salve, a madá Primavera, juventud de la naturaleza, sonrisa de Dios!"

El hombre es el único que permanece insensible a las nuevas bellezas que vienen a adornar su

morada, pues sumergido en profundo sueño, sin saber de sí mismo, no saldrá de ese letargo, tan parecido a la muerte, sino cuando la obra misteriosa y espléndida de la naturaleza se haya cumplido.

Triste es tener que hacer esta confesión pero hay personas que, por muchos años que hayan vivido, quizá se morirán sin haber contemplado una vez siquiera el amanecer de un bello día.

Otras hay seguramente que se levantan con la primera luz del alba, pero la causa que las bota del lecho es el deseo de una ganancia material. Pasan distraídas con la cabeza agachada por los cuidados y pesares, y sea que el cielo se retoque con los colores del iris, ó el sol derrame sobre la naturaleza sus mágicos esplendores, siempre hay sombras en el alma de esos infortunados, a quienes el trabajo inquieta ó en-